

El acompañamiento ignorado de Dios

José Idiáquez

En estas reflexiones intentaremos transmitir las inquietudes de un grupo de religiosas, religiosos y agentes de pastoral preocupados por el acelerado empobrecimiento que sufren nuestros pueblos en Centroamérica.

Vivimos en sociedades donde las mayorías carecen de todo lo elemental para crecer y vivir dignamente: tierra, vivienda, salud, educación, empleo. Los niños están viviendo en las calles, los ancianos son abandonados y las jóvenes y adolescentes venden sus cuerpos para sobrevivir. Centroamérica es la región con mayor movimiento de migración en todo nuestro continente.

Una religiosa que trabaja con campesinos de la zona norte de Nicaragua afirmaba: “Sin hacer grandes planteamientos teóricos, y sin caer en exageraciones, me parece que para ser precisos y honestos con la realidad que viven nuestros hermanos campesinos se puede decir que no son únicamente pobres, son gente hambrienta”. “Desde mi experiencia en Guatemala -dice un religioso- el pueblo indígena sigue crucificado por una minoría que busca desenfrenadamente el poder”.

Este duro panorama se hace más confuso y doloroso cuando lo comparamos con el lujo y la abundancia en que viven unos pocos. Hay desconcierto cuando esas minorías celebran el derrumbe del socialismo, el triunfo del neoliberalismo y el fracaso de las revoluciones que prometían transformaciones estructurales. Más agrava la realidad la conciencia de que muchos líderes revolucionarios traicionaron la confianza que en ellos depositó el pueblo pobre. Las minorías satisfechas afirman que la única salida para una vida mejor está basada en la ideología liberal, que asegura el enriquecimiento por métodos despiadado a una mínima parte de la humanidad. Es ésta la ideología del FMI, del Banco Mundial, que excluye y margina a las grandes mayorías. Para Centroamérica, los cambios sociales, políticos y económicos mundiales han significado el inicio de un “nuevo vía crucis”. Han convertido “la vida de los pobres en una noche oscura” (Casaldáliga).

Ante esta situación surgen dudas, confusiones, sentimientos encontrados, autocríticas y preguntas como: *¿Qué podemos hacer ante esta situación? ¿Qué nos pide Dios como religiosos y religiosas? ¿Qué nos exige nuestro seguimiento a Jesús desde nuestros carismas?*

Nuestras tentaciones

Una primera tentación podría ser que esta convulsión social nos llevara a identificar realismo con fatalismo. Un fatalismo que nos lleve a pensar en la imposibilidad de construir una sociedad más justa. Es común escuchar entre nosotros: “¿Para qué luchar? Ya no se puede creer en nada. ¿Todos los que dicen defender al pueblo son iguales? ¿Todo es una mentira? Antes los pobres estaban mal pero había esperanza”. A la par, nos sentimos incómodos con nuestros propios errores. El dejarnos llevar por esta situación nos llevaría a una pérdida de confianza total en los demás y en nosotros mismos. Y con eso daríamos paso a un sentimiento de impotencia que nos incapacitaría para hacerle frente a los problemas. Desearíamos un milagro, que Dios se hiciera presente y nos hiciera todo el trabajo.

En situaciones como las que estamos viviendo, el mal y el egoísmo humano aparecen invadiendo todos los sectores de la vida. Se palpa tanto el poder del pecado individual como el del pecado social y esto podría llevarnos a ver en la resignación la única forma adecuada de enfrentar la vida. A partir de esta actitud, corremos el peligro de caer en una segunda tentación: huir del conflicto.

Sería iluso pensar que se puede superar una crisis de derrota y desengaño, sin antes haber pasado por una larga lucha interior. El cansancio y la desilusión invitan a no enfrentar las diferentes etapas, desconcertantes pero transformadoras, de nuestras “noches oscuras”. En el fondo, tenemos temor de encontrarnos con nuestra verdad y con nuestras acciones, que impiden que Dios se haga presente en la historia. Tenemos temor a que Dios se escape de las construcciones ideológicas que levantamos durante estos años. Este fue el problema del pueblo de Israel cuando experimentó su propio pecado. Tenían miedo a salir de Egipto y temor al desierto.

En definitiva, la huida del conflicto nos impide captar la revelación de Dios en la historia que, por supuesto, será distinta en el tiempo y en el lugar en que se realice. La huida al conflicto es también un no aceptar el llamado de Dios que al escogernos nos lleva por el desierto. Cuando creemos estar sin Dios, él se nos manifiesta en la “:llamada a que cambiemos en pan las piedras” (González Faus).

Nuestros desafíos

No todo es negativo, ni mucho menos debemos aceptar el fatalismo como futuro. Una forma de ir superando la negatividad del momento es ubicarnos en la perspectiva del *acompañamiento de Dios*. En muchos casos éste es un acompañamiento ignorado. Si nos introducimos en el mundo del Antiguo Testamento, veremos que el pueblo de Israel comenzó muy pronto a ubicar su existencia en conexión con el acompañamiento de Dios. No podemos dudar que Dios acompaña a su pueblo, incluso en los momentos en que se ignora su presencia y compañía. En el anuncio y la denuncia de los profetas, éstos señalaban con fuerza que Dios estaba presente en el sufrimiento y que era la garantía de alcanzar la liberación buscada. Y a pesar de la confusión, la duda, la angustia por romper las cadenas de

la esclavitud, el pueblo iba descubriendo qué tenía que rechazar o asumir en cada momento de su historia.

En esa línea del acompañamiento y la solidaridad, Jesús nos desafía con su vida. Su libertad y su autoridad potenciaron su servicio eficaz por los más débiles. Jesús no se dejó atraer por el poder económico de los saduceos ni por su interpretación materialista de las Escrituras. Tampoco siguió la vida espiritualista de los esenios, ni mucho menos se interesó por la religión politizada e interesada de los fariseos, ni optó por la violencia armada de los zelotes. No vino a complacer a ningún poder humano. Únicamente vino a cumplir la misión de su Padre y por eso era imposible que mantuviera contentos a los distintos grupos de poder económico y político de su tiempo.

Jesús fue descubriendo cuál era la mejor forma de realizar su misión. Búsqueda y acompañamiento al pueblo pobre son dos elementos inseparables para nuestra misión hoy. En algunos casos, puede ser un acompañamiento silencioso pero solidario con los diferentes sectores marginados: indígenas, negros, campesinos, migrantes... Jesús no nos dejó esquemas rígidos de actuar, nos invita a ser creativos. Lo único absoluto para él es el Reino de Dios.

Sin duda, ese acompañamiento sencillo a la manera de Jesús nos permitirá imprimir una dirección a nuestras acciones. Acompañar así a los empobrecidos se irá convirtiendo en un acontecimiento esperanzador en medio de tanto dolor.

No alcanzaremos la profundidad del encuentro con Dios sin antes pasar por los acontecimientos de la historia, donde parece que se pierde la esperanza. Nuestra lucha contra la desesperanza descansa en la certeza de que Dios nos acompaña. *"Sólo viviendo la noche oscura de los pobres se puede vivir el Día de Dios. Las estrellas sólo se ven de noche..."* (Casaldáliga).